

estaba en su perfeccion entónces, y otras cosas de este genero. Llenaba este príncipe todo el Oriente con su nombre, quando demedió su carrera en la edad de quarenta y siete años de vida, y veinte y tres de reynado. En su muerte, acaecida poco mas de siglo y medio despues de la de Mahomet, el imperio de los musulmanes comprehendia la Caldea, las tres Arabias, la Mesopotamia, la Asiria, la Media, la Siria, la Palestina, el Egipto, toda el Africa hasta la Mauritania, la Persia, el Kerman, la India, el Korasan, el Tabarectan, el Zabal, todos los países que se extienden por las orillas del Oxò, la Armenia, la Natolia, la Georgia, la Circasia, y la mayor parte de las provincias confinantes con el Ponto Euxíno, que habian pertenecido á los romanos. La ley de todas estas vastas regiones era el Alcoran, y en ellas habia florecido por muchos siglos la religion christiana; pero Dios, que por sus terribles juicios quita su reyno á los pueblos que se descuidan en hacer buenas obras, no ha permitido aun que la luz de la fe se haya vuelto á encender en tantas naciones que la tienen apagada, á pesar de una multitud de hombres apostólicos que no han cesado en consagrarse á la instruccion de ellas.

Los mahometanos se dividieron en muchas sectas nacidas de las diversas interpretaciones del Alcoran, entre las quales unas son manifestamente heréticas, y sostienen opiniones universales reprobadas por sus fieles; y las otras forman solamente escuelas diversas teológicas, diferentes por sus opiniones, que aunque de ordinario son muy opuestas, no rompen la unidad de la creencia, ni se miran como contrarias á su fe universal. Su teología se divide en positiva y escolástica, la primera fundada en el texto del Alcoran, y la segunda apoyada en el ratiocinio y autoridad de los doctores. Tambien tienen una especie de ciencia canónica, con la qual distinguen aquello que está fundado en el derecho divino, y lo que no tiene mas fundamento que el derecho positivo, esto es, la decision de los casuistas. Una cosa hay muy digna de admiracion, y es, que siendo el mahometismo tan favorable á las inclinaciones de la naturaleza, y al gusto de los placeres sensuales, hay no obstante en esta religion una moral rigurosa y otra moral relaxada, y unos doctores que llaman indulgentes, y otros rigoristas. Lo qual viene á ser, que no hay doctrina

que no se represente al entendimiento, baxo diferentes aspectos recibidos por unos y negados por otros; y que para asegurarse el entendimiento humano necesita una autoridad suprema, cuyas decisiones terminen toda explicacion arbitraria, y dominen igualmente en todos los miembros de la sociedad religiosa.

ARTICULO III.

Estado del entendimiento humano, con relacion á las letras y á las artes, en el siglo octavo.

Hay en medio de los inviernos algunos dias en que el cielo está tan cargado de nubes tan lóbregas y gruesas, que son impenetrables á los rayos del sol, y las noches tan oscuras que no alcanzan las luces artificiales para suplir la falta de la natural; ántes bien parece que hacen las tinieblas mas perceptibles. Tal fué la noche profunda que obscureció el imperio de las letras en el siglo octavo. Parecia que la ignorancia y la barbarie habian llegado á su colmo en el siglo precedente, y que era imposible levantarse del estado deplorable en que el entendimiento humano estaba sumergido. Pero pasó aun mas adelante la obscuridad de la razon, y se fueron aumentando las tinieblas hasta el reynado de Almanzor en Oriente, y el de Carlo Magno en el Occidente. Levantóse entónces una luz favorable en el Orizonte, pero su resplandor pasajero solo pudo hacer percibir los progresos del mal, y luego que desapareció, cayó de un golpe en una obscuridad mas profunda que de la que se habia esperado salir.

Constantinopla y toda aquella parte del Oriente que estaba todavia en la obediencia de los emperadores griegos, estaban assoladas con facciones de todas especies, unas con la ambicion y avaricia de los grandes, que aspiraban á los primeros empleos, á los honores, á las riquezas, y aun á la soberanía; otras en el pueblo con el descontento, el deseo de la novedad, la esperanza de ser menos infelices, y con la mudanza de señor; otras en los exércitos con la inquietud, el deseo del pillage, y mas que todo con la desobediencia; otras en fin tenían por principio las disputas teológicas, y no eran las ménos alentadas, ni las ménos funestas. Habia revoluciones, sediciones, órdenes

sangrientas, príncipes arrojados del trono, presos, encerrados en un claustro, sacrificados ó cruelmente mutilados, soberanos que no hacen uso de su razon sino para disputar sobre el dógma, ni de su poder sino para hacer leyes sobre los objetos del culto y de la clerecía, para desterrar, perseguir y matar á los pastores, á los clérigos, á los monjes, tropas de ciudadanos, animados los unos contra los otros por sus soberaníos, sin pensar mas que en su destruccion para abolir ó conservar las pinturas y las estatuas en los tēplōs consagrados al Dios de la paz. Este es el espectáculo doloroso que presentaban por todas partes la capital y demas ciudades del imperio. En medio de tan horribles escenas era imposible que las artes y las letras acertaran á esforzarse con buen éxito en seguir los pasos de la juiciosa antigüedad. Apagado el ingenio tanto tiempo habia con el deseo de la gloria, no despedia tampoco aquellas débiles luces que algunas veces salen de él en los tiempos mas estériles de las ciencias. El gusto de lo bueno en las obras de ingenio habia desaparecido con el de la honestidad en la conducta de las costumbres, cosas proporcionadas la una á la otra, ya reynando en una nacion, ya quando no son conocidas en ella. En el seno de los furōes civiles y religiosos, en medio de una corte y de un pueblo movidos únicamente por el fanatismo, no podian ocuparse en otros objetos de los que estaba imbuida la imaginacion, ni en otros diferentes de los de las artes que estimaban, porque de ninguna utilidad podian servir la filosofia, la poesia, ni la eloqüencia á unos hombres que ni pensaban ni aplicaban todas sus fuēzas á otra cosa que á las disputas sutiles y acres en que se habian criado desde niños. Qué fruto habian de sacar de las ciencias exáctas que aclaran la inteligencia, ni de los conocimientos agradables en que se recrean los ingenios, aquellos que solo tenian por bueno el forzar á los hombres con el racionio ó la violencia á confesar el monotelismo, y por lo mas importante y mas glorioso el despedazar las estatuas de Jesu-christo y de los santos? Quando un pueblo se halla desde mucho tiempo con semejantes impresiones, está insensible á todo lo que no está sujeto á la vista y á la razon. Pero cuántos progresos no hace en la barbarie dominada del desprecio de las letras y de las ciencias, á exemplo de los príncipes y de los grandes.

Leon el Isauro, que acabó de reynar en 741, príncipe furioso contra las santas imágenes, no lo estuvo ménos contra las ciencias, contra los sábios que las cultivaban, ni contra los libros adonde los hombres estudiosos iban á sacar sus conocimientos. Este príncipe era el que solo se acordaba que era emperador para hacer degollar á los católicos, habia tanteado entrar á los literatos en su partido, porque sabia quā favorable seria este logro al designio que habia formado de abolir enteramente el culto de las imágenes en las iglesias del imperio; pues á pesar de las tinieblas de la ignorancia, y puede ser que tambien por ellas, tenian los sábios un gran crédito para con la multitud. Ya se sabe que en el curso ordinario, quanto mas ignorante es el pueblo, y quanto mayor admiracion causan los hombres ilustrados, particularmente quando estos hombres dedicados á las ciencias se muestran inclinados al culto del pueblo, porque este está siempre de buena fe en sus preocupaciones y opiniones, ya se sabe, vuelvo á decir, que esta admiracion infunde siempre respeto y confianza. Pero las tentativas de Leon salieron frustradas, porque los sabios hallaban en sus libros las pruebas de la antigüedad respetable y del fruto conocido del culto dado á las santas imágenes en todos los tiempos y en todas partes. En ellos habian aprendido que los hombres necesitan objetos exteriores que les traigan al pensamiento, y en cierto modo les pongan delante lo que se ha de creer, adorar, é imitar. A cada paso volvian á hallar en ellos testimonios auténticos de la doctrina de los padres y de su conformidad con lo que la Iglesia enseñaba en su tiempo. Y así declararon animosos al emperador que no podian prestarse á lo que exígia de ellos, lo qual sirvió para irritar su cólera. La mayor parte de estos hombres, mas ilustrés por su generosa resolucion que por toda su ciencia, habitaban en el edificio de la biblioteca pública, y la custodiaban. Leon fuera de sí con el furor, y queriendo destruir de una vez á los literatos que se habian atrevido á resistirle, y á las fuentes de su sabiduría, mandó rodear la biblioteca con una cantidad de leña seca, suficiente para pegarle fuego y reducirla á cenizas; y de este modo sepultó en unas mismas llamas á los sábios que no habian pensado como él, y á los libros en que fundaban su inclinacion al antiguo culto: accion mas repre-

hensible mil veces, y mas digna de un bárbaro, que la de Amrou destructor de la biblioteca de Alexandría. El general musulmano era un fanático, ignorante, y de buena fe, que seguia la impresion de una conciencia errada, aunque recta y sincera, tanto mas excusable, quanto ménos conocia el valor del tesoro, cuya destruccion mandaba, y por otra parte executaba la voluntad de la cabeza de la religion, que con las preocupaciones de su secta era el órgano y el intérprete del cielo. Al contrario, Leon no ignoraba todo el mal que hacia, ni el precio infinito del monumento que reduxo á cenizas. Obraba por una venganza reflexionada, y su fanatismo no le cegaba acerca del agravio irreparable que causaba á las ciencias, á su nacion, y al universo; este era tambien uno de los motivos que le puso la hacha en la mano.

Despues de la primera pérdida, no tenia esta remedio, y se puede decir que todos los trabajos posteriores de los sábios no han podido indemnizar á las letras, lo que les quitó el furor atroz de un emperador christiano. Despues de este acontecimiento, la poca literatura que se conservaba aun en la capital del imperio griego desapareció con las llamas que habian devorado las preciosas reliquias de la antigüedad sagrada y profana. Pues aunque quedaron todavía algunos hombres de letras, y algunos sábios que cultivaban su razon en el retiro, contentos con trabajar para sí mismos, ocultaban sus estudios y sus trabajos, metiéndose en la obscuridad de algun recogimiento inaccesible á la vista de la multitud y de los tiranos, de suerte, que sus luces inútiles á sus conciudadanos se disiparon sin esparcir el menor resplandor, y los frutos de sus vigilias; si algunos produxeron, se perdieron para su siglo y para la posteridad.

Este era el estado de las ciencias, y las letras en toda la extension del imperio griego, entre tanto que el fuego de la heregía y de la persecucion le devoraba por dentro, y que los sarracenos los estrechaban mas y mas por defuera con nuevas conquistas. La dominacion de este nuevo pueblo, cuya ignorancia estaba consagrada por la religion, no merecia ser favorable á las artes y aun ménos á la filosofia, porque el fanatismo de los primeros discípulos de Mahoma y el de sus inmediatos sucesores tiraba á poner todas las naciones baxo la ley del profeta,

yá destruir todos los libros, porque no quedase en pie sino el Alcoran. A este fin pronunció Omar el segundo de los califas el oráculo bárbaro de entregar á las llamas los principales libros de todos géneros, que habian vuelto á juntar á tanta costa en su biblioteca desde Alexandro los Tolomeos soberanos del Egipto. Con esta rusticidad de los musulmanes, con este ódio que habian jurado á todas las ciencias, y miraban como una virtud, se señaló particularmente el gobierno de los omniadas, y duró todo el tiempo que ellos duraron sobre el trono. Pero despues de la revolucion que trasladó la autoridad suprema á la casa de los Abasidas mudaron de semblante las artes y las letras en el Oriente. Almanzor, segundo de estos príncipes, que subió al trono en 754, sacó á las ciencias y á las artes del desprecio á que las habian abatido, los que ántes de él habian llegado al califato. Llamó á su corte, como ya dexamos dicho, á los sábios de todas clases, y les dió en ella habitacion correspondiente á su estima, asegurándolos con beneficios. Su reinado, aunque reducido al espacio de veinte y un años, fué bastante largo para inspirar el mismo gusto á un gran número de árabes que cultivaban á porfia las ciencias exáctas, como la geometría, la astronomía, el cálculo; los conocimientos prácticos como la medicina, la química, la farmacia, y tambien las artes de adornos, como la poesía, la eloqüencia, y los romances. Mahadí, Hadí, Al-Raschid, Al-Mamon, sus sucesores, le siguieron, y á pesar de la preocupacion de la religion que se habia ido debilitando poco á poco, llegaron á ser los árabes una nacion limada, sabia, inventora, y á ponerse en estado de ilustrar á las demas. Ya tenian ántes de Mahoma, y en el tiempo de su mayor ignorancia sus artes y una especie de literatura proporcionada á su genio y costumbres. Y estas eran, como en todos los pueblos que se apartaron poco de su estado primitivo, canciones, poemas y narraciones, las unas puramente históricas, ó á lo ménos fundadas en gran parte sobre los hechos, y las otras alegóricas y morales; pero despues que estudiaron el método de los antiguos, emprendieron obras conexas y regulares. Hubo dentro de poco tiempo poesías llenas de fuego, en las cuales el entusiasmo de poeta supo proporcionar la magnitud, y sujetarse á las reglas; hubo tratados metódicos acerca de las ciencias y de la mo-

ral; historias útiles, y un gran número de obras originales, que han servido de modelos á nuestros antiguos noveladores y romanceros.

Muy léjos estaba en los tiempos de que hablamos de estar tan cultivado y tan fecundo el campo de la literatura en el Occidente, y particularmente en Francia: porque estaba cubierto de espinas en toda su extension, y apenas se conocian algunas señales de los trabajos tan penosos y tan ingratos de los que habian intentado abonarle en los dos siglos anteriores. La mayor parte de las escuelas que estaban abiertas en las catedrales y monasterios cesaron en sus ejercicios al principio de este siglo ó al fin del precedente, por falta de maestros capaces de enseñar, y de estudiantes que fuesen á tomar de ellos sus lecciones. Las pocas que aun permanecian estaban decaidas, y anunciaban un próximo abandono, efecto de las turbaciones civiles que se fomentaban tanto tiempo habia por la debilidad de los soberanos, por ambicion de sus ministros, y por la conspiracion de toda la nacion en perderse. La fuerza usurpaba los puestos mas importantes, ó los obtenian aquellos que se habian opoderado del poder como por una recompensa del zelo, que se alegaba para sus intereses: los empleos eclesiásticos se daban á militares, á sus hijos, á mugeres, y no siempre á los de la vida mas exemplar. Los monasterios estaban llenos de gente de guerra, mantenidos á costa de las diferentes parcialidades, de manera, que estos, así los de las letras y de la piedad, en lugar de ser propios del estudio, de la meditacion y del recogimiento, habian llegado á ser lugares de tumulto, de juntas ruidosas y de ejercicios militares. Los nobles y todos los que seguian la profesion de las armas se vanagloriaban de su ignorancia, y volvian á poner no las ciencias, que piden estas una larga aplicacion, sino los conocimientos mas comunes, digo, al cargo de aquellos, que ni aun servian para ceñir la espada. Los clérigos y los monges, que se veian despreciados, no tanto por razon de su estado como por las ocupaciones sosegadas á que estaban consagrados, sacudian bien pronto el yugo de las reglas, dexando la oracion y el estudio, adoptando un modo de vivir á que la preocupacion les inclinaba en su modo de pensar, y llegando con esto á ser ignorantes por vanidad.

Ademas de lo que acabamos de decir, se conoce á fondo que no hay que buscar en las producciones de este siglo pensamientos selectos, plan arreglado, conexión de partes, empeño, método, y mucho ménos la pureza en el estilo. Todo lo que nuestros sábios han reunido en diferentes colecciones está tan léjos de ser mediano, que bien se puede, sin encarecer, asegurar que todo quanto tenemos de estos tiempos desgraciados tiene el carácter de una baxeza y rusticidad que fastidia en las historias, leyendas, crónicas, homilias, y en las poesías, todo en tono de barbarie, de ignorancia y de credulidad lastimosa. No se halla en ellas una sentencia siquiera, ni variadas las expresiones que recompensan el trabajo y disgusto que causa una lectura, en que es menester adivinar hasta las palabras y sonidos elementales de que se componen. Todo el fruto que podemos sacar de esta pena y enfado es consolárnos y darnos el parabien de que se hayan perdido la mayor parte de estos escritos que se han publicado, si atendemos á la idea que nos dan los existentes. En el artículo destinado para los escritores eclesiásticos, se verá que este siglo mas tenebroso que todos los anteriores no nos presentará en todo el Occidente un solo autor, ni una sola obra digna de la mas mínima noticia, á excepcion del venerable Beda y los libros carolinos.

En este estado deplorable quedaron las cosas hasta cerca del año 770, en cuyo tiempo el talento de Carlo Magno hizo resplandecer la luz que reanimó los espíritus desde mucho tiempo entorpecidos en el sueño de la ignorancia, y ofreció á las letras el mayor lucimiento, cuyo feliz reinado y gloriosas hazañas reservamos para la historia del siglo nono, remitiendo á esta época el por menor de los medios que ha tomado, para renovar el gusto de las ciencias y de las artes en sus grandes estados. Lo que hasta aquí hemos dicho en este artículo es bastante para formar una idea exácta del estado, la decadencia y abandono en que se hallaban todos los ramos de literatura en Francia y en todo el Occidente.